

Afanes jovellanistas a principios del siglo XX: Julio Somoza y Eduardo Llanos

Carmen Meneses Fernández-Baldor

Julio Somoza de Montsoriú (Gijón, 1848-1940), académico correspondiente de la Academia de la Historia, cronista de Gijón y cronista de Asturias, es una de las figuras más representativas de la bibliografía asturiana. Nacido en una época en la que todavía se podía escribir que «la bibliografía, considerada como rama literaria, ha sido hasta hace poco mirada en nuestra patria cual ocioso entretenimiento de eruditos chapados a la antigua...» [J. SOMOZA, *Inventario de un jovellanista con variada y copiosa noticia de impresos, publicaciones periódicas, traducciones, dedicatorias, epigrafía, grabado, escultura, etc.*, p. 15] recoge el legado de escritores precedentes como Carlos González Posada o Máximo Fuertes Acevedo y anuncia ya una nueva forma de entender y hacer la bibliografía en el *Inventario de un jovellanista* y, sobre todo, en el *Registro asturiano* [J. SOMOZA, *Registro asturiano de obras, libros, folletos, hojas, mapas y ediciones varias*. Granda, Asturias, Imp. La Cruz, 1926]

Pero Somoza, bibliófilo también, era sobre todo un apasionado jovellanista. Ambas condiciones se reflejan claramente en el *Inventario*. La difícil tarea de realizar una bibliografía de Jovellanos, cuyos escritos habían alcanzado a finales del siglo pasado una dispersión «dolorosa», requería una minuciosa e ingente labor de investigación que el erudito gijonés llevó a cabo con perseverancia a lo largo de toda su vida (el *Inventario* estaba ya escrito en 1892, pero continuó con su labor de búsqueda hasta el final de sus días).

El investigador asturiano contó con la ayuda de otros jovellanistas que le brindaron su colaboración. Uno de ellos fue Eduardo Llanos Álvarez de las Asturias, quien, a instancias de Julio Somoza, consiguió las cartas escritas por Jovellanos a Lord Holland, se encargó de su transcripción y obtuvo el permiso de publicación. Cooperaron en la empresa, además, Alejandro Alvargonzález, que conservaba las escritas por Holland a Jovellanos y las puso a su disposición y Fortunato Selgas, que costeó su edición.

La correspondencia de Eduardo Llanos constituye un testimonio fiel de setenta y siete años de su azarosa vida y, lo que resulta más interesante, una fuente documental para el estudio de la historia de Asturias, con noticias sobre su situación económica y social, sobre el estado de la industria y del comercio, de la enseñanza y sobre acontecimientos sociales especialmente relativos a Gijón y a la zona de Cangas de Onís. Los destinatarios de las cartas son muy diversos. Hay, por supuesto, cartas familiares, pero son muchos también los amigos y conocidos de Hispanoamérica y de España con los que se cartea continua o esporádicamente a lo largo de su vida. Nombres de bibliófilos como Sebastián de Soto Cortés, de personalidades académicas como Fermín Canella, Rafael Altamira y el director del Instituto Jovellanos Miguel Adellac y de integrantes del grupo asturianista La Quintana como Braulio Vigón y Fortunato Selgas, están presentes en los libros copiadore de cartas de Eduardo Llanos. Entre los no asturianos podemos citar al padre Andrés Manjón, a Víctor Concas y a Ramiro de Maeztu.

Las cartas cruzadas con Julio Somoza forman un grupo bien diferenciado que nos permite conocer las aspiraciones jovellanistas de ambos y el proceso que precedió a la publicación de las *Cartas de Jovellanos y Lord Vassall Holland sobre la Guerra de la Independencia (1808-1811)*.

Apunte biográfico sobre Eduardo Llanos

Eduardo, tercer hijo de Benito de Llanos y Noriega e Isabel Álvarez de las Asturias Nava, nace en Corao, pueblo del concejo de Cangas de Onís, el 12 de agosto de 1833. Como ya habían hecho con su hermano mayor y habrían de hacer después con los menores, a los diez años le envían a Gijón junto a sus tías Eulalia y Teresa Llanos para estudiar con Alonso Fernández Vallín (más tarde director del Instituto) hasta que tiene la edad exigida para ingresar en el Instituto de Jovellanos. Admitido en este centro en septiembre de 1846, cursa los estudios de Cálculo y Náutica que finaliza en junio de 1850.

En diciembre del mismo año embarca en Cádiz rumbo a América. Vivirá en Chile cuarenta y siete

años, hasta 1897, en que se traslada a Londres. En 1909 vuelve a España, a Corao, donde residirá hasta el día de su muerte en 1927.

El barco *Perú* arriba a Valparaíso el 11 de junio de 1851 y Eduardo se coloca allí como dependiente en la *pulpería* de Juan González Luege, asturiano de Colunga cuya amistad conserva hasta la muerte de don Juan en 1904. Él será quien, muchos años más tarde, le ponga en contacto con Braulio Vigón. Al cabo de año y medio, «viendo que su carácter y sus aspiraciones eran incompatibles con tal ocupación», decide dejar el empleo. Desempeñará después distintos trabajos en Santiago, Valparaíso e Iquique. En este puerto llegará a desempeñar para la municipalidad cargos de cierta importancia, pero «la posición que ocupo es de nombre y no de dinero». Entre 1889 y 1893 ocupa el puesto de Inspector de Obras Fiscales, cargo que puede considerarse la cima de su carrera profesional en Chile.

En 1897, con sesenta y cuatro años, abandona aquel país para trasladarse a Londres como apoderado de la Compañía Salitrera Granja Domínguez y Astoreca. Sin olvidar a los amigos que dejó en Asturias cuarenta y siete años atrás, con los que sigue manteniendo correspondencia, ni a los que acaba de dejar en Chile, compañeros de su madurez, sin olvidar a su familia y a su tierra, Eduardo comienza en Londres una nueva etapa, quizá la más fructífera de su vida. El idioma le resulta duro, pero se aplica el refrán «más vale ser viejo estudiante que joven ignorante».

Nombrado vicepresidente de la Cámara de Comercio de España en Londres y presidente en funciones más tarde, intenta favorecer a Asturias fomentando el comercio con Inglaterra y las Repúblicas Sudamericanas. Pretende también hacer de Gijón el puerto de base centro de las operaciones entre España y la compañía que representa, pero las condiciones de El Musel no son las más adecuadas para los buques de gran tamaño y la razón social que representa se decanta en favor de Bilbao. Sigue muy de cerca la situación de la región, y para estar bien informado escribe a don Luis Adaro («me permitiría pedir a Vd. me insinuase sumariamente, lo que podría hacerse en punto a exportación, tanto por Gijón, cuanto para los pueblos del interior que tienen ese puerto de salida y entrada de productos...»), a los Srs. Felgueroso, al alcalde de Gijón y a otros.

La enseñanza es una de sus preocupaciones constantes, pues «todos los días palpo las consecuencias fatales de la ignorancia de las masas de españoles que se desparraman en toda América, siendo preciso reconocer que la mayor parte de nuestros males nace de aquí...». Decide, en consecuencia, crear una escuela que forme a los niños y jóvenes poniendo a su alcance los métodos más modernos. El 31 de enero de 1900 se inaugura en Corao la *Escuela don Rodrigo Álvarez de las Asturias*, así llamada en memoria de su tío materno. Con un presupuesto de 9.300 pesetas mensuales, incluidos arriendo del local y sueldo y casa para el maestro, la escuela permanece abierta hasta 1907, año en que don Eduardo, viendo que sus expectativas no se cumplían, decide dejar de costearla: «Es una lástima que en cada carta el maestro de Corao me hable de que el alumno tal y cual se marcharon para América, cuando me consta que Ismael esta siempre atrasado con su trabajo...»; y «los labradores han mirado con indiferencia el uso de un arado que costé. La imprenta sigue muda. Las abejas se mueren...».

También durante su estancia en Londres, comienza a publicar los *Recuerdos de Asturias*, serie de tres álbumes gráficos sobre distintos aspectos de nuestra región. La lámina número 1, dedicada a Covadonga, aparece en 1899. En 1902, ven la luz los *Recuerdos de Asturias. Primera Serie: números 2 a 10*, en 1903, la *Segunda Serie: números 12 a 20* y en 1905, la *Tercera Serie: Escuelas*. Posteriormente, ya en España, hará imprimir otras láminas por separado.

Costea además en 1902, la publicación de *Reseña histórica del Instituto Jovellanos de Gijón*, y de *Orígenes y estado de la biblioteca del Instituto Jovellanos*, y la segunda edición de la *Historia de la Universidad de Oviedo* de Fermín Canella en 1904. Ya en 1870, en su primer viaje a España, había encargado a Francisco J. Junquera y Pla la revisión y corrección de las poesías manuscritas de su tía Eulalia para darlas a la imprenta.

Epistolario entre Eduardo Llanos y Julio Somoza

Genaro Junquera y Pla, amigo común de ambos, pone en contacto a Eduardo Llanos y Julio Somoza en 1899. Por aquel entonces Eduardo proyectaba la impresión de los *Recuerdos de Asturias* y quería

reproducir un plano del partido judicial de Gijón que Somoza poseía. Advertido por Genaro de las aficiones numismáticas de don Julio, «el bibliófilo, jovellanista y numismático se aferra a todo lo útil y curioso que colecciona y no hay poder que le arranque nada», le envía un catálogo monetario que consigue lo que parecía imposible y el plano es remitido a Londres. Se inicia así una correspondencia que durará casi un cuarto de siglo y una amistad que habrá de ser sumamente fructífera para ambos personajes y para la cultura asturiana.

El epistolario abarca del 3 de enero de 1900, fecha en que Eduardo Llanos escribe a Julio Somoza para darle las gracias por el plano de Gijón, al 11 de enero de 1924, última carta también de Eduardo. Se conservan en total 102 copias de las dirigidas a Somoza y 119 originales escritas por éste.

Las cartas, muy formales al principio, se van convirtiendo en confidenciales con el paso del tiempo, sobre todo por parte de Somoza después de la muerte de su mujer en 1905: «lo cierto es, mi querido amigo, que desde la muerte de mi amada esposa, mi carácter se ha agriado, y no encuentro remedio a este vacío irremplazable. ¡Qué me importan ya ni libros, ni papeles, ni colecciones, ni proyectos más o menos útiles...!». Esta acritud de temperamento que él mismo reconoce y la intransigencia con que Somoza juzga en ocasiones a sus contemporáneos, se manifiesta a menudo en sus cartas al referirse a muchos de sus amigos o conocidos, como Fermín Canella, Sebastián de Soto Cortés, Miguel Adellac, Rafael Altamira, etc. Sin embargo, no ocurre siempre así. Braulio Vigón, Fortunato Selgas, Ciriaco Miguel Vigil, entre otros, son objeto de sus alabanzas. Pero admira sobre todos a don Gaspar de Jovellanos: «Maestro más grande de la vida, y espejo más claro para nuestros gobernantes, nunca se vió» o «¿Ha leído Vd. algo de los *Diarios de Jovellanos*?, ¡qué limpidez de palabra!, ¡que imágenes más rápidas y precisas! Con breves palabras, lo dice todo, lo expurga todo, y todo lo analiza... uno de los hombres mas buenos que produjo Europa...».

Sobre don Gaspar trata fundamentalmente su correspondencia. En 1900, fecha de su inicio, Somoza era ya un consagrado jovellanista, había publicado cuatro obras sobre Jovellanos, y había escrito otra, el *Inventario...*, que la Biblioteca Nacional habría de premiar e imprimir en 1901, en la que reunía «cuantos datos, apuntes y fuentes de conocimiento hemos encontrado referentes a aquel eximio escritor...». En esta bibliografía exhaustiva, pone en evidencia la dispersión de los escritos de Jovellanos y la necesidad de sacar a la luz muchos de ellos. Entre los inéditos, se encontraban las cartas escritas por el ilustrado asturiano a Lord Holland. Por esto, cuando Eduardo Llanos se ofrece desde Londres para buscar algún documento que le interese, no duda en aceptar el amable ofrecimiento.

Mientras se afanan por conseguirlas, emprenden otras empresas también relacionadas con el insigne gijonés, como la publicación de dos obras sobre su Instituto escritas en 1899 que permanecían inéditas. Se trata de la *Reseña Histórica del Instituto de Jovellanos de Gijón*, escrita por Rafael Lama y Leña y de los *Orígenes y estado de la biblioteca del Instituto Jovellanos* de Jesús Martínez Elorza, cuyos originales Somoza se compromete a revisar y corregir si Eduardo Llanos costea la edición. De la primera, opina el bibliógrafo que «aunque no dice nada nuevo, ni de novedad, ni cosa que dejemos de saber los asturianos y gijoneses, está bien interpretado el carácter que Jovellanos quiso imprimir al Instituto...» y de la segunda, «hecha (resérvemelo Vd.) exclusivamente con mi concurso...», «por orden de clasificación cronológica se trata de salvar del olvido y de la rapacidad de las gentes los 300 mejores libros que se custodian en el Instituto».

El 19 de julio de 1902 aparece otro tema relacionado con Jovellanos: «Un amigo mío, (Alejandro Alvargonzález), ha encontrado en un desván, un inmenso cajón conteniendo interesantísimos manuscritos de Jovellanos, que se creían perdidos para siempre. Trataremos de ordenarlos, compulsarlos, copiarlos y editarlos; pero la empresa es larga y ardua. Veremos». Pocos días después escribe: «¡Dígole a Vd. que es un mundo lo encontrado!... ¡Si yo tuviera treinta años! pero tengo 54 y tan menguada la salud, que de tres días, pierdo dos. Sin embargo, ¡haré todo lo que pueda por *el inmortal*!». Y el 12 de agosto de 1903: «Tampoco nos dormimos acá, los que, con perseverante empeño, velamos por las glorias jovellanistas. Nuestro amigo Alejandro Alvargonzález... tiene sacadas copias de escritos inéditos de Jovellanos; entre ellos, hermosos documentos sobre el carbón de piedra en Asturias; estupendas cartas al Príncipe de la Paz sobre la instrucción pública en España; reflexiones sobre una gramática filosófica castellana, un expediente o comisión reservada a Santander y Bilbao sobre la fábrica de La Cavada; apuntamientos sobre los trajes antiguos de España; meditaciones sobre las causas de la prosperidad pública; diálogos sobre economía y sobre el lujo y mil escritos tan grandiosos y grandilocuentes, como todos los suyos...». La tarea es laboriosa,

pues en 1905 Alejandro sigue poniendo en limpio los manuscritos, aunque ya tiene listos los que tratan sobre carbones asturianos y está terminando los referentes a la instrucción pública en España, que «deja en mantillas a todo cuanto se ha vociferado por nuestros pseudopedagogos en esta materia». Serán la materia de otras obras sobre Jovellanos.

En enero de 1904, encargado de redactar la memoria sobre los hallazgos romanos en las excavaciones del Campo Valdés, Julio Somoza se sume en otro tema :«me encontré con la dificultad de que el asunto era corto para decir algo en traza. Acopiando materiales, junté buen número de ellos, y entonces decidí hacer algo más amplio : la Historia de Gijón durante sus períodos más oscuros, o sea, período romano (siglo I) y período de la Edad Media, hasta su total ruina e incendio en 1395. Procuero enlazar estos períodos, con la Historia General de Asturias, con crítica a la moderna, y buena documentación, por lo cual me veo precisado a echar al suelo la obra romántica de mi convecino Rendueles-Llanos». El investigador disfruta con la preparación de *Gijón en la historia general de Asturias*: «Tengo en esta faena un placer singularísimo, porque enfrascado cada vez más en ella, a cada nuevo dato, lectura o aclaración, veo y adivino mucho que ignoraba...». La obra se publica en 1908: «Pascua de Navidad de 1908, mi última obra se la dedico a Vd. en testimonio de agradecimiento por lo mucho que le he molestado con mis impertinentes encargos, la solicitud bondadosa con que Vd. los atendió y desempeñó siempre, y también, y principalmente, por la admiración y entusiasmo que me inspiran todos aquellos hombres que viendo claro en los asuntos de España, propagan y difunden las enseñanzas con su voluntad y sus recursos propios...».

La publicación de los *Diarios* de Jovellanos es otro de los temas recurrentes a lo largo de todos los años de correspondencia, e incluso hay un momento, cuando Leopoldo Castrillón escribe a Eduardo Llanos preguntándole si estaría dispuesto a costear su edición, en que Somoza ve más viable su publicación que la de las *Cartas*. Pero las negociaciones fracasan al no doblegarse sus poseedores a cumplir las exigencias de Eduardo (que seguía en este asunto las indicaciones de Somoza al pie de la letra).

Tratan en sus cartas otras cuestiones, como la situación económica de Gijón, de personas conocidas de ambos, e incluso aparece la rivalidad entre Oviedo y Gijón, que Somoza expresa con singular ironía.

Correspondencia sobre las cartas de Jovellanos y Lord Holland (1900-1911)

Julio Somoza se refiere en el prólogo de la obra *Cartas de Jovellanos y Lord Vassall Holland* al laborioso proceso de consecución de las cartas que Jovellanos escribió al Lord inglés y al papel que Eduardo Llanos desempeñó en esta empresa, su tenacidad y perseverancia hasta conseguir, al cabo de cinco años, que el descendiente de Lord Holland consintiera en dejarle copiar dichas cartas y dar permiso para su publicación.

Eduardo Llanos se ofrece ya en su primera carta a don Julio desde Londres, el 3 de enero de 1900, para buscar documentos o libros que necesite : «si Vd. me da el hilo para buscar aquí algún documento que le falte, yo me empeñaré en conseguirlo, pues aunque lejano, tengo parentesco con aquel hombre eminente y en mi niñez siempre oía invocar su nombre con cariño por mis tías Eulalia y Teresa Llanos».

Julio Somoza no tarda en contestar a tan amable ofrecimiento y responde el 8 de enero : «En el Archivo de Holland-House, debe encontrarse la correspondencia de don Gaspar Melchor de Jovellanos con su amigo Sir Henrique Ricardo Fox (Lord Holland), durante los años 1808 a 1811. La de Fox, original, en Gijón, y en copia, en Gijón también... Hace años escribí a Londres al representante de esa familia, interesándole para obtener copia de dicha correspondencia, que no logré conseguir. Terco en mi empeño, solicité después la ayuda de mi amigo y maestro, D. José María Quirós y Amieva, apasionado jovellanista, buen gijonés, y cónsul de España en Cardiff por aquellas fechas. Bregó el hombre con empeño, y fracasó, porque no pudo obtener una entrevista con el representante de los Holland...». Esta correspondencia permanecía prácticamente inédita, puesto que únicamente se habían publicado algunas cartas aisladas en la edición de Cándido Nocedal en Rivadeneyra y en la obra de don Julio *Amarguras de Jovellanos*.

Es curioso que el cronista de Gijón cite en el prólogo de las *Cartas* a Eugenio Alvargonzález como poseedor de las originales de Lord Holland y no a Alejandro Alvargonzález, que lo era en realidad como se desprende de la correspondencia con Eduardo Llanos, y que fue quien generosamente las puso a disposición de Somoza, de Eduardo Llanos y de Lord Ilchester. No es arriesgado suponer que por aquel

entonces estuviera, como él mismo dice «contrapunteado con él».

Somoza anima a Eduardo Llanos a intentar un nuevo acercamiento al descendiente de Lord Holland, Lord Ilchester, aunque no tiene muchas esperanzas de que lo consiga: «Mucho celebraré que en bien de las patrias letras, obtenga usted de la familia Holland... lo que tanto deseamos ; aunque sigo dudando de la condescendencia de los lores ingleses hacia los deseos de los demás mortales, a quienes deben mirar con gesto adusto y despreciativo». Y el 31 de julio de 1902 añade socarronamente: «No obstante su optimismo, desconfío un tanto de ese caballero. Si es un hombre de letras y cultura general, puede que se avenga. Si no, ... será de los que se dejan conquistar con un buen millar de habanos, un barril de Jerez añejo y un par de bailadoras gaditanas como las que pinta Pérez Galdós en uno de sus *Episodios Nacionales*».

No tiene en cuenta la constancia de Eduardo: «Tanto he de dar y cavar con este sujeto, que por fuerza le tengo que vencer». Después de intentar un acercamiento por medio de intermediarios (Agustín Serrano, Martín M. Hume...) el 29 de octubre de 1901 escribe a Lord Ilchester por primera vez. Al no recibir respuesta, se dirige en busca de apoyo al embajador de España, el Duque de Mandas, proponiendo por su mediación el cambio de los originales. Si Lord Ilchester no aceptase esta proposición, se contentarían con canjear copia contra copia, siempre que Eduardo compulsase la copia de Jovellanos con su original. El embajador español abandona Londres sin conseguir nada.

En 1905 muere Lord Ilchester. «Quiero suponer que el difunto era el principal obstáculo para que aparecieran las cartas de Jovellanos», escribe Eduardo. «*Sit tibi terra levis*», contesta lacónicamente Somoza al recibir la noticia: «veremos si con su sucesor tenemos más suerte... Invoque Vd. su calidad de asturiano, jovellanista y pariente lateral del gran patricio...».

La tienen. El 12 de febrero de 1906 Eduardo escribe a Somoza «al fin vencimos a Lord Stavordale, hoy Ilchester por fallecimiento de su padre ... puso la mano sobre un voluminoso legajo de papeles de D. Gaspar Melchor de Jovellanos y que los haría copiar y me mandaría un ejemplar. Hoy mismo le escribiré, ofreciéndole hacer las copias bajo mi dirección...». Y escribe lo siguiente: «Con la mayor satisfacción recibí hoy su carta del 10, en la que me avisa haber encontrado en la Biblioteca de Holland House las cartas de D. Gaspar de Jovellanos que pedí con insistencia de mi parte, que Vd. sabrá dispensar, tratándose de documentos que considero de la mayor importancia para la historia de mi patria... Quisiera aliviar a V. de la engorrosa tarea de hacer copiar y a veces descifrar algunas palabras y nombres y me permito pedir a V. que consienta en que yo me encargue de esa tarea...». Somoza contesta entusiasmado el 17 del mismo mes: «Mucho me place que el legajo sea voluminoso, porque así aparecerán datos muy interesantes».

El 1 de marzo llega el ansiado paquete a poder de Eduardo, pero... son copias realizadas hace tiempo (el papel tiene marca de agua 1812) y no los originales manuscritos de Jovellanos. Aunque esperan del Lord inglés mucho más, los dos jovellanistas se muestran agradecidos: «Como prueba de lo mucho que estimo el que V. me haya facilitado estas copias y mientras se saca un duplicado, me permito remitir a V. las 56 cartas originales de Lord y Lady Holland a Jovellanos, cuyas copias remití a V. con fecha 17 de febrero de 1905, para que las examinen y devuelvan cuando lo tengan por conveniente. Hallará V. incluso la traducción. También le incluyo una fotografía de un busto de Jovellanos hecho por el escultor Tamargo, para un Club de Gijón, y que sospecho sea una copia del que hizo Monasterio para Lord Holland y que se remitió de Sevilla en 1809...».

Pero las copias son sólo un primer paso. Somoza, que ya se ha resignado a no ver nunca las cartas manuscritas de Jovellanos, considera necesario que Eduardo las compulse con los autógrafos originales: «juzgo necesario que Vd. compulse su copia con el original verdadero... conozco cuatro cartas de Jovellanos a Lord Holland, cuyos originales deben estar en el legajo a saber :1, Jadraque, 16 de agosto de 1808 (en la pag. 379 de Amarguras de Jovellanos). 2, Aranjuez, 2, noviembre, 1808 (en la p g. 386 de id.). 3, a Jeremias Bentham, 1809 (Obras de Jovellanos, edic. Rivadeneyra, tomo 2, p g. 319). 4, Muros de Noya, 1810 (Obras de Jovellanos, edic. Rivadeneyra, tomo 2, p. 320). Y como Vd. advierte que la primera carta de ese legajo lleva la fecha de 5 de abril de 1.809... faltan en esa colección las tres primeras mencionadas. Aquí tiene Vd. otro fundamento para que Lord Ilchester le deje ver los autógrafos originales».

Y Eduardo Llanos continúa insistiendo a Lord Ilchester para que busque en el archivo de Holland House hasta que éstos aparezcan. Por fin, el 8 de octubre de 1906, comunica a su corresponsal en Gijón

que ha recibido de Lord Ilchester las cartas originales y que las ha cotejado cuidadosamente, dando por zanjado el asunto, puesto que el Lord se niega tajantemente al canje de originales.

456

Londres, 16 Febrero de 1905

Señor D.^o Julio Somoza

Gijón

Estimado amigo

Confermo la mia del 11 y ayer recibí la contestacion del impresor Murray, que le incluyo traducida. A las 2 de ayer volví al Consulado Portugués y por hallarme bastante ocupado y no venir hoy á la ciudad, hemos convenido en dejar para mañana el dictar la carta para Lord Stavordale, ofreciéndole el canje de copias ó de originales de las cartas de Jovellanos y Lord Holland. El Sr. Batallaris me dijo que una vez que se iban á publicar las cartas de Jovellanos, le parecia mejor esperar y entonces ya no las rogarian á Lord Holland, pero yo le dije que á mi parecer Lord Stavordale no apreciaria mas que las cartas que hicieran al caso del partido político que trata de ensalzar, dejando inéditas las que mas pueden interesar á los españoles. No pienso proponer, que en ningun caso se haria la publicacion de las cartas de Jovellanos, antes que salga publicada la obra de Lord Stavordale, ya anunciada, y así puede quedar satisfecho el amor propio de este Señor, ya que no puede en este momento de tiempo el que le haya colocado en una situacion anómala con nosotros, en posesion de las cartas de Jovellanos y Lord Holland.

Quedo de V. afmo amigo y D. S.

Eduardo Illanes

En realidad, terminada *Gijón en la historia general de Asturias*, Somoza tenía ya en estudio las cartas de Jovellanos y Holland, «muy necesitadas de prólogo, notas y obras de consulta...en total, 111 de Jovellanos y 74 de Holland... Tengo preparadas 16 obras para la lectura». El 16 de noviembre del mismo año, ya ha concluido el prólogo «lo afiné, lo pulí, lo asee, y lo puse en limpio de mi letrita de día de fiesta, en

ochenta cuartillas. También terminé las notas. Sólo me faltan ligeros retoques».

Conseguida la copia de las cartas y antes incluso de que Lord Ilchester dé su permiso para la publicación, que llega el 21 de junio de 1909, Eduardo empieza a buscar entre sus conocidos a la persona dispuesta a costear la edición. Escribe, entre otros, a su amigo Víctor Concas, Ministro de Marina, y a su primo Sebastián de Soto: «¿no estarías tú dispuesto a sufragar los gastos que ocasionará la publicación de escritos inéditos de Jovellanos, antes que llegue el centenario de su muerte?». Somoza tiene más éxito, pues le comunica el 18 de julio de 1910: «tuve afable y larga carta de Fortunato Selgas, que me presenta una solución muy halagüeña para la impresión del libro, y, regularmente, si acepta las cláusulas que le propuse en beneficio de ambos, puede darse el negocio por ultimado».

Por fin, las *Cartas de Jovellanos a Lord Holland* van a ser publicadas coincidiendo con la celebración del centenario de la muerte de Jovellanos, como el bibliógrafo jovellanista deseaba: «ahora estamos padeciendo bajo el poder de Poncio López, encuadernador elegante, pero tranquilo» y escribe dichoso, «tengo en mi poder la caja de los libros, y he empezado a distribuir. Desde luego, le ofrezco todos los que Vd. necesite».

Es el triunfo de la perseverancia y el esfuerzo de dos hombres unidos por una devoción común, la que sentían por Jovellanos, y por un empeño firme, la difusión de su obra.

MENESES FERNÁNDEZ-BALDOR, Carmen, “Afanos jovellanistas a principios del s. XX: Julio Somoza y Eduardo Llanos” en *Actas del II Congreso de Bibliografía Asturiana, 21-24 abril 1999*, Oviedo: Consejería de Educación y Cultura, 1999, pp. 155-166.